



## CAPÍTULO II.

---

DOÑA ESTEFANÍA BAJO EL PUNTO  
DE VISTA FINANCIERO.

**U**NA hora después Cisneros estaba en presencia de doña Estefanía. Ya hemos dicho que la fisonomía de esta señora tenía una expresión de candor y de inocencia tan marcada, que prevenía desde luego á su favor.

Aquella cara dulce siempre y siempre sonriente, sabía afrontar con todas las situaciones, por graves, por espantosas que fueran; con una imperturbabilidad asombrosa. No



parecía sino que la diosa de la hermosura había estereotipado en aquella carita sonrosada el gesto del bienestar y de la tranquilidad, para proporcionar así una máscara impermeable á Estefanía, máscara con la cual pudiera pasar todo el carnaval de este mundo, sin que llegaran á conocerla ni los hombres ni la justicia.

Cisneros era un personaje magro y repugnante, el brillo opaco de la grasa de sus vestidos le prestaba algo de la apariencia del reptil. La oblicuidad de su pupila izquierda descomponía de tal manera su ángulo visual que su mirada se convertía en una mosca fosforescente, que revolaba frente al espectador desvaneciéndolo.

Las barbas y el cutis de Cisneros se confundían como en un boceto: todo este hombre era medias tintas, todos los colores entraban en él en descomposición, no formar la luz sinó la confusión y la sombra: era una de esas personas que no se sientan sinó que se adhieren, que no andan sinó que se deslizan.

Cisneros andaba sin tacones; y este accesorio que parece insignificante á primera vista, es de importancia increíble cuando nos proponemos tomarlo seriamente en consideración.

Desde los tacones herrados del campesino y del carretero que vienen produciendo un ruido de mortero de minas, hasta el taconcito á Luis XV, sobre el cual se empina una niña de quince abriles, hay una escala de ruidos que explican la exactitud de nuestras apreciaciones.

¡Quién no conoce en los pasos que la persona que se aproxima es, ó su criado ó su amigo, ó su mujer, ó una persona que desconoce!

Todas estas apreciaciones son debidas expresamente á esa cuña que se llama tacon, y que viene á dar el tono de aquél cuyos pasos escuchamos.

Hemos visto á más de un pollo extremecerse é inmutarse al oír el compasado eco de unos taconcitos, terminados en un diámetro de media pulgada.



Aquellos taconitos producían un eco parecido al de los tiples de un salterio.

Apelamos á la conciencia íntima de las niñas, y las invitamos á que nos desmientan.

¿No es cierto, apreciabilísimas pollas, que experimentais la mas grata de las sensaciones al provocarnos con el ruidito peculiar de vuestros tacones?

Por nuestra parte abandonamos este asunto á la inspiración de algún pollo poeta, que no sería por cierto el primero en cantar «al pié» especialmente en México, donde se dan de los mejores que conoce el buen gusto.

Una vez probada la importancia social de los tacones, volvamos á Cisneros, quien, hacía algunos años, había prescindido de ese apéndice; unas veces porque el tal apéndice había desaparecido escapándose por un lado ante la acción destructora del tiempo, y otras porque Cisneros recurría al arbitrio de calzarse zapatos de orillo.

Estefanía no se sorprendió de la figura de Cisneros: al contrario, tuvo para él,

como para todos, una de sus lánguidas sonrisas.

—Pase usted, dijo Estefanía con melíflua voz.

Cisneros se adelantó vibrando su ojo mosca.

Se sentó Estefanía en un sillón.

Cisneros se resistía á sentarse en el sofá que estaba tapizado de brocatel azul, y buscó con su ojo, como con la boca de una pistola, una silla ordinaria.

—Siéntese usted, le dijo Estefanía notando su turbación.

Cisneros se sentó con mucho cuidado sobre el brocatel.

—Vengo de parte de Solares, dijo.

—¡Ah! bueno, ¿y qué hay? le preguntó Estefanía.

—Pues vea usted, señorita, parece que el negocio se dificulta.

Cualquiera otra persona hubiera hecho un movimiento, pero Estefanía permaneció impassible.

—Ha de estar usted, continuó Cisneros



haciendo girar como una luciérnaga la luz de su ojo derecho, ha de estar usted para bien saber, que el señor don Santiago tiene sus escrúpulos todavía con respecto al negocio que le ha propuesto Solares, y se hace indispensable todavía emplear algunos medios para persuadirlo.

—¿Y qué medios pueden ser éstos? balbuteó doña Estefanía.

—Pues es necesario un planecito, dijo Cisneros de repente y como inspirado por una idea que él era el primero en conceptuar soberbia.

—Este planecito consiste en lo siguiente: usted es una mujer muy hermosa.

Á la mirada de cíclope agregó Cisneros una sonrisa de sátiro.

Estefanía resistió mirada y sonrisa como saben resistir las flores la aparición de un insecto peludo.

El cerillo del ojo de Cisneros se apagó como si hubiera llegado la flama á la otra cabeza, haciendo un relámpago.

Y continuó.

—Usted es una mujer irresistible: con esto quiero decir que siempre la belleza tendrá prestigio, y además, las prendas de usted y su voz y su... en fin, usted es la única que puede conseguir que don Santiago se incline ante la razón.

—Yo... dijo Estefanía, dejando percibir, más en el tono que en el gesto, cierta extrañeza.

—Sí, por que.... vea usted, en primer lugar usted le va á decir á don Santiago... le va á contar usted una historia conmovedora, porque don Santiago tiene muy buen corazón.

—¿Pero qué historia?...

—Ésta: le dice usted que tiene usted un hijo á quien adora, que es usted una madre de las mas cariñosas y que le han plagiado á usted ese hijo; pero que está usted de tal manera comprometida, que todo esto debe quedar oculto, por que pelagra la vida de usted; le prueba usted además que usted tendrá mucho dinero en el mes que entra, para lo cual será bueno enseñarle una carta



del señor Sotomayor, en que ratifique un supuesto contrato anterior y se comprometa á entregarle á usted algunos miles de pesos, y como usted logre interesar el corazón de don Santiago más que su codicia, el negocio es hecho.

Por otra parte esto no impide que mi amigo Solares tenga por ello el corretaje que le corresponde, por que si bien es cierto que usted, en todo caso, será la que dé el último golpe, también lo es que este golpe está combinado por mí, á quien Solares va á dar una retribución, señorita, por que hay combinaciones que valen más que una firma; por que con todas las firmas que usted tiene, buenas y todo, no podría usted conseguir tal vez lo que conseguirá haciéndose interesante para con don Santiago, y sobre todo, tocándole ciertas fibras, que para todos son un verdadero secreto, mientras que yo tengo la fortuna de poseer algunos datos preciosos, los cuales en último análisis son un capital tan bueno como cualquiera; y yo se lo confieso á usted franca-

mente, ese es el capital que exploto, por que no tengo otro.

—¿Pero es absolutamente indispensable contarle á ese señor todo lo que usted me ha dicho?

—Todo, al pié de la letra, y tan necesario es, que si usted no hiciera su papel como conviene, nos expondríamos á perderlo todo, y tendría usted entonces que pagar todos los trabajos emprendidos hasta aquí, dar gratificaciones, y carecer por último de ese dinero, que, según le ha dicho usted á Solares, necesita usted tan urgentemente.

Cisneros esperó, concentrando toda su atención en doña Estefanía, el resultado de su peroración.

—¿Qué opina usted, señorita, está usted de acuerdo? preguntó.

Estefanía con su acostumbrada impasibilidad contestó:

—Supuesto que todo ello es necesario, esta noche pasaré á ver á don Santiago.

Cisneros aún repitió todos los puntos en que era indispensable que se fijase Estefanía y se despidió afectuosamente.



Estefanía mandó llamar á Sotomayor, quien, como ya saben nuestros lectores, estaba en aquellos momentos impresionado con los atractivos de Estefanía.

Apenas recibió el recado, lo abandonó todo, y se fué en derechura á la casa de Estefanía.

—Aquí me tiene usted á sus órdenes, le dijo Sotomayor, entrando con cierta precipitación ¿qué hay, qué novedad ocurre?

Esto se lo decía Sotomayor á Estefanía, teniéndole entre las suyas su manecita suave, y acariciándola con un afecto muy particular.

—Siéntese usted, le dijo Estefanía.

Sotomayor tomó asiento.

Estefanía habló así:

—Ocurro á usted señor Sotomayor porque sé que es usted mi amigo.

—¡Oh! Estefanía, no lo dude usted, le pertenezco á usted en cuerpo y alma.

—Gracias, Sotomayor; se trata de que escriba usted una carta.

—¿A quién?

—A mí.

—¿Diciéndole á usted que la amo?

—No, diciéndome lo que yo le dictaré.

—Estoy dispuesto ¿cuándo?

—Ahora.

—¿Tintero?

—Ahí está, dijo Estefanía señalando una mesa en que había recado de escribir.

Sotomayor tomó la pluma y Estefanía dictó:

—«Señora doña Estefanía»..... ya sabe usted, mi nombre y apellido—Casa de usted, etc.—Señora de mi..... lo que usted quiera.

—De mi corazón, dijo Sotomayor dirigiendo á Estefanía una mirada picaresca.

—No, no ponga usted eso.

—¿Aunque sea cierto?

—A pesar de eso.

—Señora de mi respeto, escribió Sotomayor y preguntó enseguida ¿está bueno?

—Sí, siga usted. Circunstancias verdaderamente casuales.....

—Casuales, repitió Sotomayor al cabo de un rato.



—Me impiden remitir á usted el.....

—El.....

—¿El qué? ¿cómo se dice de una cantidad que se divide en varias....

—Dividendo.

—Eso es, dividendo..... «remitir á usted el dividendo»

—Dendo..... repitió Sotomayor abriendo los ojos.

—Del presente mes; pero en el mes entrante puede usted enviarme su cajero.

—Cajero.

—Y le remitiré, entre los días quince y veinte los otros.....

—Los otros.....

—Seis mil pesos restantes.

—¿Seis mil? preguntó Sotomayor como si aquella cifra hubiera nacido envuelta en un zumbido de oídos.

—Sí, seis mil ú ocho mil, escriba usted la cantidad que guste, eso queda á la.....

—¡Cáspita! exclamó Sotomayor soltando la pluma, ¿Quién va á firmar esta carta?

—Usted.

—¿Yo? pero si yo.....

—Usted no me debe seis mil pesos, no es cierto?.....

—A menos que...

—A menos que todo esto no pase de una broma.

—¿Es una broma?

—Precisamente broma no, pero es una comedia.

—¡Ah! pues si eso es todo pondré ocho, diez mil, lo que usted quiera.

—No, no tanto, algo solamente que sea verosímil, usted pasa por hombre rico.

—Vea usted, y no tengo nada.

—¿Nada?

—Quiero decir, tengo lo suficiente para...

—Eso es ser rico.

—No, Estefanía, yo soy el mas pobre de los mortales porque me falta algo que vale más que el dinero.

—¿Qué le falta á usted, Sotomayor?

—El corazón de usted.

—Nada vale.

—Un mundo.



—No tengo corazón.

—Ay, por desgracia eso es demasiado cierto.

—¿Usted cree?...

—Lo sé, lo palpo, si tuviera usted corazón.....

—¿Qué?

—Me amaría.

—Por eso digo que no lo tengo.

Sotomayor empezaba á ponerse triste.

—¿Acabamos la carta?

—He dicho que estoy á las órdenes de usted, Estefanía.

—Agréguele usted á la carta cuanto crea usted conducente para persuadir al que la lea, que el ofrecimiento de los ocho mil pesos, es de tal manera, que es casi un documento con toda la fuerza de una obligación en toda forma; ya usted sabe, es usted medio licenciado cuando se trata de derecho.

Sotomayor seguía escribiendo de corrido, sin reflexionar interiormente que aquella carta podría comprometerlo, ó que tal vez Estefanía estaba queriendo poner un pre-

cio.... ¡qué barbaridad! pensó Sotomayor, no, no hay que pensar en ello, en todo caso yo me defenderé.

Tan luego como hubo acabado de escribir, leyó la carta á Estefanía, quien quedó muy complacida con el final, en el que el suscrito se comprometía en toda forma de derecho y enagenando sus bienes habidos y por haber al cumplimiento del contrato.

—La firma, dijo Estefanía.

Sotomayor firmó, secó la pluma y preguntó ¿la doblo?

—Sí.

Así lo hizo Sotomayor, y luego, como el que acaba de comprar un objeto, se acercó á Estefanía con esa familiaridad de aquél que se resuelve á todo, á trueque de conseguir el fin que se propone.

—¿Puedo pedir una explicación de esto que usted llama comedia?

—Sí, señor; y yo se la daré á usted cumplida, se trata de pedir un dinero, infundiendo confianza al prestamista.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1425 MONTERREY, NUEVO LEÓN

36227



—¿Van á prestarle á usted dinero?

—Sí

—¿Cuanto?

—Dos mil pesos.

—¿Con firmas?

—Con firmas ¿me va usted á ofrecer la suya?

—¿Por dos mil pesos?

—¿Porqué no? me ha firmado usted una obligación de ocho.

—Sí, pero....

—Tengo ya otra firma, señor Sotomayor.

—Es que si usted quiere la mía y vale algo....

—Vale mucho, pero ya no es necesario, gracias.

—Tengo cita á las seis y voy á vestirme.

—Entonces adios.

Á Sotomayor le pareció que aquella visita la debía terminar con un efecto de cierto género, y al despedirse de Estefanía la dijo al oído:

—En usted consiste hacer efectiva esa carta.

—Adios, dijo Estefanía, dejándose estrechar la mano.

Y Sotomayor desapareció.



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 BICHTERREY, BUENOS AIRES